

Búsqueda feminista de los nombres de Dios

Dorothee Sölle

En su discurso sobre Dios, el patriarcado pierde la trascendencia del Dios; así quisiera resumir el estado de la teología feminista después de un cuarto de siglo. Si a Dios se le nombra sólo con un “él”, se lo está pensando en una manera demasiado restringida. Mientras se utilice un lenguaje que ignora a la mitad de la humanidad, no se logrará decir de veras lo que en realidad debería expresarse. La idea de que la mujer es por naturaleza inferior, así como el intento de legitimar teológicamente su sojuzgamiento mediante el alegato de que su subordinación estaría inscrita en el orden de la creación, ha sido uno de los mayores obstáculos en el largo camino de la humanización del ser humano. Entendámonos: la de ambos sexos. “La anatomía es destino”, decía Freud sin tener conciencia de la manera en que la sustancia misógina de esa frase se revierte sobre aquellos que la expresan, institucionalizan y viven; como si la libertad, la fuerza del yo, la humanización, fuesen posibles solamente para una parte de la humanidad y a costa de la otra que estaría destinada, por naturaleza, a quedarse sin libertad.

Una cita de los escritos del Padre de la Iglesia, Jerónimo, muestra la continuidad ideológica: “Mientras la mujer vive para el parto y los niños, existe entre ella y el varón la misma diferencia que entre el cuerpo y el alma; sin embargo, si ella quiere servir a Cristo más que al mundo, dejará de ser mujer y será llamada ‘varón’ porque deseamos que todos sean elevados a la perfección del varón”.¹ La comprensión del Dios creador expresada aquí, confirma mi tesis inicial. Según esta tradición, Dios creó solamente al varón, y éste es incapaz de pensar lo otro, sino como un objeto utilizable. Si Dios no es más que el varón, entonces el varón es Dios. El sexismo es herejía, contradice a las Escrituras (Gén 1, 27; Ex 2, 14) y transforma a Dios en un ídolo fálico. Hoy en día, es posible observar la interdependencia que existe entre la imagen patriarcal de Dios y las posiciones masculinas de poder en la iglesia y en la sociedad, en todo lugar donde se sacude uno de estos dos pilares: el Dios-Padre o el Poder Masculino.

Así como no basta un nombre para una persona, tampoco es suficiente un sólo nombre para Dios; pues usar sólo un nombre y, peor todavía, un símbolo

1 Comentario de Jerónimo a Efesios 5 en: PL 26, 531ss.

familiar, conduce a error. Hay que entender lo divino en categorías de una relación armónica y dinámica de opuestos: presente y oculto, poderoso e impotente, sufriente y consolador, madre y padre, castigador y salvador. Cualquier intento de querer nombrar a Dios con una palabra excluyente, de querer hacer del padre jesuánico, del Padre Nuestro, el garante de nuestro lenguaje inmutable, es un atentado contra Dios, porque es tratar de dominarlo e incorporarlo al reino de lo disponible. “Yo seré quien seré”, es un intento de rechazar, mediante una traducción, la idolatría dominante.

Dios trasciende a Dios, como dicen los teólogos del proceso. Y como cualquier buena afirmación teológica, también ésta tiene un sentido crítico y excluyente que dice: un Dios que no trasciende a Dios, no es Dios. Dios aprisionado por un determinado lenguaje, definido a través de determinadas aseveraciones, conocido bajo nombres que han sido establecidos por determinadas formas socioculturales de poder, no es Dios, sino que se transforma en una ideología religiosa. Los símbolos, como, por ejemplo, el de la omnipotencia de Dios, me dicen más sobre las proyecciones y deseos de los varones que los usan, que sobre Dios. Los nombres pueden convertirse en prisiones de Dios. Cuando leo la expresión “el todopoderoso”, no puedo dejar de escuchar a Hitler vociferando.

La teología feminista, como toda teología de la liberación, nace de la experiencia de la herida; crece desde la destrucción en la vida de las mujeres, sea económica, política, social, física, intelectual o psíquica. Hace visible las mutilaciones. Surge entre mujeres que se dan cuenta de su situación y en conjunto dan pasos hacia el cambio, rompiendo con las convenciones y formas de la teología dominante y con el acomodo de ésta con el poder. Este acomodo atribuye a las iglesias una tarea cultural que contradice su mandato y su tradición: hacer invisibles a las víctimas de nuestra situación y, si ello es imposible, por lo menos las causas de la miseria deben quedar fatalmente borrosas. Los anunciadores deben hablar de José y María, pero no conocer muy bien a los sin-casa de nuestras ciudades. Interpretan el relato del atrevido y sus amigos, pero no saben si los enfermos de sida también tienen amigos. Mencionan a “los hambrientos” pero la feminización de la pobreza queda fuera de su horizonte.

Ante el sufrimiento real de las mujeres, la teología y la praxis espiritual de las iglesias parecen extrañamente ciegas e ingenuas. Entre las mujeres feministas que han comenzado a pensar desde la herida, se está extendiendo un sentimiento de espanto frente a la abstracción sin alma de la teología masculina, un aburrimiento frente a una exégesis desprendida de la praxis y de la experiencia, una repugnancia frente a la economía masculina sin espíritu y ubicada siempre dentro de la institución. “Por eso le pido a Dios —dice el Maestro Eckhart— que me haga libre de Dios”. Esto no es ninguna herejía, sino la petición de liberación de la prisión de un lenguaje que le queda demasiado estrecho a Dios. Por eso, le pido a Dios, a mi

madre, que me haga libre del Dios masculino; así entiendo, hoy, a Eckhart.

Se trata, pues, de mucho más que las “partes femeninas de Dios” que, hoy por hoy, los hombres ilustrados están dispuestos a admitir. Este discurso me molesta, icomo si Dios fuese de por sí y ante todo masculino y, ahora, como un agregado, hubiera que extraer de “él” lo femenino anteriormente oculto! Según esta manera de pensar, lo femenino estaría en Dios de la misma manera que, como se sabe, algo del niño queda en el hombre. Pero no basta querer descubrir lo femenino desconocido dentro del Dios masculino. En el marco de esa deconstrucción, la crítica feminista no ha ido todavía lo suficientemente lejos. ¿No deberíamos, con la misma razón, descubrir las parte negroides en Dios, lo juvenil en Dios, para terminar con el hombre viejo y blanco en el cielo? Nuestra dificultad interna no radica en las imágenes, más o menos falsas, que nos han sido transmitidas de Dios y tampoco en cómo podemos superar el abandono sin espíritu que vivimos, colocando estatuas de Diosas, imágenes del matriarcado en los templos vacíos. No carecemos de imágenes, sino de experiencia nombrable de Dios. Presas en la camisa de fuerza de un lenguaje autoritario masculino, nos hemos vuelto incapaces de nombrar como algo experimentado, el misterio de la vida que llamamos Dios.

No es que piense que hoy exista menos experiencia de Dios que en tiempos pasados; presencia y ausencia de Dios nos son dadas, aún hoy, en el júbilo y la desesperación y, a veces hasta en una rara mezcla de ambos. La vida misma está tan impregnada de esa calidad que llamamos Dios que no podemos evitar nutrarnos de ella y desearla. Solamente que muchas veces no lo sabemos porque nos hemos vuelto incapaces de hablar. No nos atrevemos a relacionar lo que en realidad merece ser llamado “experiencia de Dios”, con el Dios de la religión administrada por los varones. Ellos, los sacerdotes y teólogos, han hablado durante tanto tiempo, de manera tal que nosotras nos hemos quedado mudas. Ellos encerraron a Dios en la Biblia y en la liturgia, en lugar de usar la Biblia y la liturgia como lentes para comprender nuestro diario vivir.

Mientras Dios está en realidad presente y reconocible en muchos espacios de nuestra vida, nos falta el lenguaje para nombrarlo. El poder de la trivialización, que daña especialmente a las mujeres, nos dice que lo que experimentamos “no es más que” una necesidad tecnológica, la consecuencia de causas que están fuera de nuestro control, exageraciones emocionales, etc. Ese “no más que”, que lo sabe todo y es a la vez apático, empequeñece el espíritu, la sensibilidad y la fantasía de las mujeres. Nos han enseñado a trivializar lo cotidiano en lugar de santificarlo. Nada de lo que nos concierne a nosotras mismas está protegido de la trivialización. Al mismo tiempo, el enfático “no más que” expresa una pérdida de autoestima. No se reconoce que el Evangelio se refiere a nosotras, mujeres normales, menstruando o envejeciendo, cuando habla de la mujer con flujo de sangre y de la mujer

encorvada. El Dios de allá arriba, del que la religión ha hecho un fetiche, ha mutilado nuestra vida en su unión con Dios.

Me gustaría contar, a modo de ejemplo, una de las muchas experiencias de sentirse abandonada de Dios. En Noviembre de 1983, el Parlamento alemán en Bonn decidió aprobar el estacionamiento de cohetes de mediano alcance. Yo estaba en las calles de Bonn con muchas amigas y amigos. La experiencia fue amarga. Fue un golpe en la cara, después de años de trabajo de convencimiento y liberación en el cual habíamos puesto tiempo, energía y dinero. Fue una humillación para la democracia, porque la gran mayoría del pueblo rechazaba los medios masivos de destrucción. Fue un ataque a la verdad: las armas construidas para asestar el "primer golpe" deberían servir supuestamente para la "defensa". Fue una derrota de la libertad y de la autodeterminación nacional. Yo debía hacer un discurso y no sabía qué decir. Muchos de los manifestantes estábamos mojados por los carros lanza-agua y la policía nos había perseguido por las calles. Dios, por qué nos abandonaste, pensé. Por qué no muestras tu rostro, por qué no preparas "una mesa frente a nuestros enemigos" (Salmo 23), sino que estás invitando al banquete a aquellos que no preguntan por ti. No recuerdo lo que dije en esa noche oscura, pero una de las frases era "la verdad nos hará libres", un conjuro a Dios para que no deje que la verdad sea enterrada para siempre en la mentira. Algunas personas sintieron lo que yo había dicho como una oración, aunque prácticamente no usé un vocabulario religioso. Por lo menos, esa oración no estaba dirigida a un poder autoritario allá arriba, que hubiese forzado una decisión diferente con relámpagos o truenos, intervenciones sobrenaturales, apariciones mágicas. El Dios al cual se dirigió esta oración estaba triste como nosotros, pequeño como nosotras, sin cuentas bancarias, ni bombas, en el fondo, igual que nosotros. Y a pesar de todo, Dios estaba con nosotras esa noche. En el abandono de Dios, Dios nos hizo falta, y ese hacer falta, ese hambre de un solo pedazo de pan comestible en Bonn, estaba con nosotras. El regidor, soberano, potentado, todopoderoso, no nos había ayudado; y es más, él no podía hacerlo, pero el Dios de la derrota y del dolor, ese del Gólgata estaba con nosotros.

El movimiento cristiano de mujeres parte de las experiencias cotidianas; su dimensión reflexiva, la teología feminista, también debe estar anclada en la praxis cotidiana de las mujeres. "Experiencia" se ha convertido mientras tanto en una palabra de moda, y, desgraciadamente, de la otra palabra, "experiencia personal", más abusada aún, ha desaparecido hasta la última huella del significado que evocara "viajar" e "ir al mundo".²

2 La autora juega con la raíz "fahren", viajar, que está en la palabra Erfahrung, experiencia. Los grupos de "experiencia personal", Selbsterfahrng, serían a su juicio demasiado intimistas. Todo "viaje" hacia afuera de sí mismo, hacia el entorno, quedaría excluido de una experiencia referida al propio yo.

Tengo a menudo la sensación de que cuando las mujeres insisten en su experiencia, vuelven a algo infantil y sumamente subjetivo y, sin embargo, este anhelo de religión vivida, existencial, tiene en su desamparo mucha más razón de ser que el saber congelado de una teología escolar que no se preocupa del contexto vital de la gente de hoy. Ha comenzado la búsqueda de un lenguaje sobre Dios y esta búsqueda la emprenden las enmudecidas, las mujeres. No se trata de un complemento de la teología existente, pues ¿cuál podría ser el complemento de las piedras que ésta sigue ofreciendo? La teología feminista es un grito por pan.

No es casual que su primera y más extendida forma sea la liturgia. Oraciones, canciones, danza y movimiento corporal, conversaciones comunitaria sobre la Biblia, "celebraciones de hermanas", son las expresiones de esta búsqueda de un lenguaje existencial acerca de Dios. Aprender a hablar a Dios es aquí más importante que hablar sobre Dios. Existe consenso en que este nuevo lenguaje no puede ser exclusivo y sexista. Se discute si "la Diosa" u otras expresiones similares como "la Gran Madre", casi siempre tomadas de culturas matriarcales, son productivas, liberadoras o si, como yo pienso, a través de ellas se corta demasiado pronto la búsqueda y no vivimos esa liberación del Maestro Eckhart. ¿No será que la simbología parental es impotente en algunos aspectos, porque, aunque sea capaz de expresar amparo y protección, no expresa a la divinidad que está saliendo junto con nosotras de Egipto, no expresa la liberación? Mary Daly llamó la atención sobre el hecho de que el sustantivo no es la forma de la palabra adecuada para hablar de Dios. "¿Por qué no un verbo, la forma más activa y dinámica de todas las formas gramaticales?"

Los símbolos antropomorfos para Dios responden, tal vez, a la intención de transmitir algo personal, pero no expresan que Dios es un ser viviente. Las mujeres que experimentan el choque del no ser y, como reacción contra eso, la voluntad creciente de autoafirmarse, comprenden lo trascendente más bien como el verbo del cual participamos, desde el cual vivimos, en el que nos movemos y del que sacamos nuestro ser".³ ¿Cómo se puede pensar entonces la relación con la trascendencia? ¿Qué poder le corresponde a Dios, a la fuente, al fin de toda vida? Y ¿en qué relación estamos frente a ese poder? ¿Siguen siendo relevantes las relaciones entre Dios y los seres humanos, relaciones que se interpretan en el sentido del conflicto edipal, es decir, de la lucha de poder que lleva a deshacerse de la autoridad primitiva? La impotencia de Dios en el mundo es tan visible, el reemplazo científico de la creación mejorada es sólo un ejemplo que muestra cuán impotente es el viejo varón del cielo. Hoy ha dejado de entenderse que Dios sea omnipotente y nosotros los humanos, sólo seres impotentes para los que la Biblia usa a veces la imagen "gusano". Esa teología ya no corresponde a la tecnología

3 Mary Daly, «Jenseits von Gott Vater», (Más allá de Dios Padre), Sohn & Co., Munich 1980, p.49.

de la desintegración del átomo ni de la manipulación genética, y es moralmente inaceptable. La cuestión de Dios se decide en nuestra comprensión del poder. ¿Podemos pensar el poder sólo y unilateralmente como masculino, como mandato, como superioridad física, como orden jerárquico, como violencia de los de arriba en contra de los de abajo? ¿Experimentamos a Dios como una autoridad de fuerza o hay otras formas de experimentar a Dios?

Dios es poder, pero no un poder señorial, sin relación y autosuficiente, capaz incluso de violar si es necesario. A este Dios autoritario, la modernidad le dio su respuesta: lo declaró sobrante. Ya no juega ningún rol. No tiene utilidad científica bajo el título de "Dios" dentro de la tradición judeo-cristiana. ¿Qué pasa con otras tradiciones y cómo se relacionan con el modelo científico de poder?

Pienso que la teología feminista no se puede contentar con la crítica de la religión sexista y de sus instituciones. Necesitamos una crítica amplia de la concepción masculina de la ciencia, de sus objetivos aceptados como incuestionables y de sus métodos imperialistas, pero sobre todo de su ética que significa muchas veces una mera retórica de legitimación. La teología feminista participa en esta inmensa tarea en la medida en que ensaya una nueva manera de "pensar sobre Dios", que plantea de nuevo la cuestión del poder y la libera del molde autoritario del Dios-regidor, "totalmente otro". ¿Cuál es el poder de una divinidad que ni decide batallas ni protege de catástrofes ecológicas? Al vivir en una cultura violenta, donde instituciones bárbaras como el sistema militar siguen gozando de legitimidad y aprecio, capaz de convertir y transformar, no sabemos lo que podría ser el amor, que hace tiempo sólo puede deambular libremente en el zoológico privado.

No podemos pensar a Dios, ni tenemos un lenguaje sobre Dios, porque nuestros conceptos de poder, dominación, vigor, fuerza, todavía son de la Babilonia en la cual vivimos en Europa. Todos están contaminados de violencia. Todas hemos crecido bajo la religión patriarcal y autoritaria, en su defecto y reemplazo, bajo la fe en la ciencia. Los mecanismos de fuerza de la sociedad han formado nuestro pensamiento y destruido nuestra manera de sentir incluida en el tejido de la vida. Goethe decía en sus aforismos sobre el amor: "La dependencia voluntaria es el mejor estado, y ¿cómo sería ésta posible sin el amor?" Dios no es menos voluntariamente dependiente de lo que cada una y cada uno de nosotros puede ser en el amor. Eso significa que llegamos del Dios-sobre-nosotros al Dios-en-nosotros y superamos la falsa trascendencia jerárquica. Es necesario acercarse a la mística que ha ido más lejos en la superación de una comprensión jerárquica masculina de Dios, pero eso sí, a una mística que no deja que la sed de una liberación real se ahogue en el mar del inconsciente.

Según la frase de Jacob Böhme, Dios es "la nada que quiere llegar a ser todo".

Esa nada impotente de la vida dañada, experimentada en la realidad con la cual comienza la teología feminista, no será salvada desde afuera. Tampoco para nosotras existe "ningún ser superior, ni Dios, ni César, ni tribuno", pero sí el estar involucradas, entretejidos, en el fondo del ser, en hermandad. La certeza mística de que nada nos puede separar del amor de Dios crece cuando nosotras mismas llegamos a ser una con el amor, a la manera de quienes -en libertad y sin garantía de éxito- se han puesto del lado del amor.

[Extracto de un ensayo publicado en 1992, en el libro de Dorothee Sölle
«Es nuns doch mehr als alles geben: Nachdenken über Gott»
Hoffman und Campe, Hamburg: con el título
"Feministische Suche nach den Namen Gottes".]

Agenda Latinoamericana '96

Ya está en la calle.

Sus principales novedades de este año:

- una «Propuesta» de reflexión-acción sobre la «Mundialización»
- Aportaciones de Benedetti, Galeano, Casaldáliga, P. Esquivel
- Bitácora latinoamericana para navegar por Internet
- Siete concursos internacionales abiertos a todos
- Guía de lectura latinoamericana
- Portada y dibujos de Maximino Cerezo

*Una revisión anual de la utopía
un tablón de anuncios continental
una herramienta pedagógica para la educación popular
la comunicación, la militancia o la pastoral popular.
una antología de sabiduría popular
un acopio de memoria histórica*

*Una agenda publicada en 20 países y 9 idiomas
(español, portugués, inglés, francés, italiano, alemán, catalán, gallego y euskera)*